

lúcidas; en segundo y último lugar, Félix es rico y, aunque se hubiera dejado en la ruleta cien mil francos, no sería esa razón bastante para que se suicidase. Ningún jugador se mata mientras lleva una peseta en el bolsillo.

—¡Ah! ¡No quieres marcharte!— se dijo Tonayrion, irritado ante la lógica y la sangre fría de su rival;— te proporciono un medio honroso de retirarte y te obstinas en no aceptarlo. ¡Está bien; haz lo que gustes! ¡Mañana triunfaré en tus propias barbas y la cosa tendrá más gracia todavía!

XI

Los ladrones.

Al día siguiente por la mañana, la señora Caussade, fiel á su promesa, se dirigió con paso ágil y con el corazón conmovido al sitio designado para la cita. Obedeciendo á un sentimiento de vaga inquietud, que toda mujer experimenta en análogas circunstancias y sea la que quiera su inocencia, miró en pos de sí algunas veces al cruzar el parque.

En el momento en que salía de él por una

puertecilla situada sobre el foso y no lejos de la tumba del cosaco, miró hacia atrás por última vez y creyó reconocer á Raul Tonayrion en un hombre que desapareció en el acto por entre la arboleda.

Vivamente ofendida por aquella especie de espionaje, estuvo á punto de volver sobre sus pasos para dar una lección de urbanidad al indiscreto que se permitía seguirla de tal suerte; pero reflexionó que, en tanto realizaba su propósito, podría Servian esperarla y creer que faltaba á su promesa. Esta consideración hizo enmudecer á su resentimiento; trató de convencerse de que se había engañado y de que el hombre que había entrevisto era uno de los criados de la casa. Tranquilizada á medias, cruzó rápidamente el foso y bien pronto se encontró en una glorieta tapizada de mullido césped y formada por algunos árboles centenarios, lugar agreste y solitario que habitualmente escogía para sus paseos.

Cerca de un cuarto de hora llevaba la señora Caussade andando por la glorieta, á la que dió la vuelta por dos veces, sin dejar por eso de lanzar á los senderos que allí desembocaban miradas en las que empezaba á traslucirse la impaciencia,

y ya acusaba á Servian de falta de puntualidad, pecado imperdonable en tales casos, por lo que hiere el amor propio.

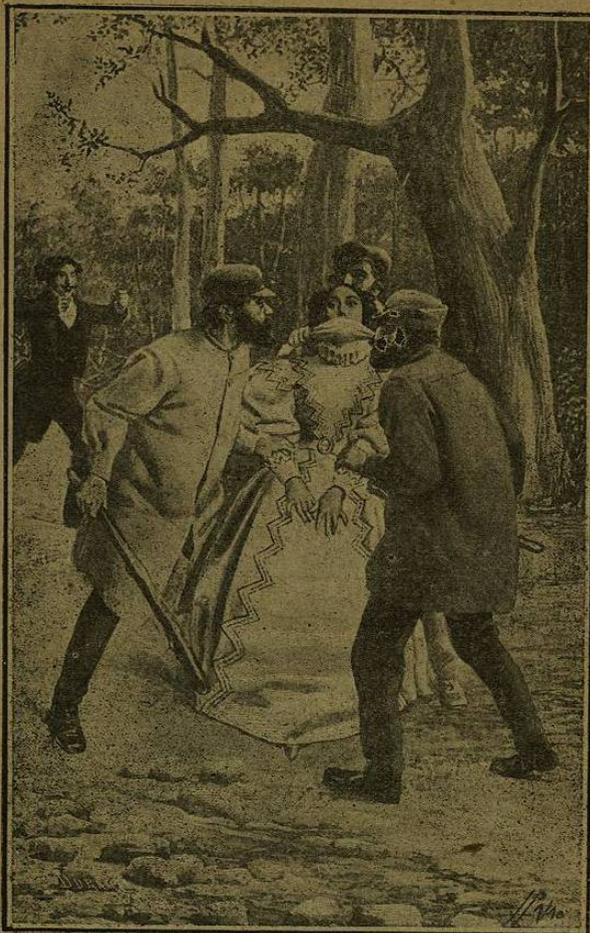
—Sin embargo, bien claramente le dije que el punto de la cita estaba situado detrás de la *Fosa del Cosaco*—pensaba;—es, pues, imposible que no lo haya entendido así. ¿Tendrá la pretensión de querer hacerse esperar?

En el momento en que discurría sobre este pensamiento con creciente enojo, un ruido repentino que percibió á sus espaldas llamó su atención.

—Aquí está—dijo, dando media vuelta.

En lugar de Servian, Estela divisó á algunos pasos de distancia á tres hombres vestidos de blusa, armados de garrotes, terroríficamente barbudos y con rostros patibularios, cuyo encuentro en sitio tan apartado hubiera hecho retroceder al hombre más intrépido.

A pesar de sus inclinaciones caballerescas, Estela experimentó horrible espanto y trató de huir; pero en el acto los tres bandidos se precipitaron sobre ella, la sujetaron entre sus brazos y, para ahogar sus gritos, le aplicaron sobre la boca un pañuelo, nuevo ó poco menos, que sin duda ha-



... le aplicaron sobre la boca.

bían robado previamente. Medio muerta de miedo, la señora Caussade se agitó como el cordero entre los dientes del lobo; pero, á pesar de sus esfuerzos, se sintió llevada, ó mejor dicho, arrasada por los audaces malhechores.

En aquel momento, un hombre á quien la Providencia pareció encaminar allí exclusivamente para impedir el odioso rapto, Raul Tonayrion en persona, salió de entre los árboles y acudió belicoso como el propio Marte. A pesar de estar sin armas y aunque, al verle, los bandidos sacaron sus puñales, se arrojó sobre ellos con furia admirable, arrancó el garrote de las manos del primero que cayó en las suyas y, solo él contra los tres, trabó un combate que en tales condiciones resultaba heroico.

Durante algunos momentos resonó en el bosque el estrépito de los garrotos que se entrechocaban, golpeaban, se elevaban y descendían con la fuerza y el menudeo de una granizada; pero pronto los bandidos, molidos á palos, aparentemente, empezaron á retroceder ante su terrible adversario; después, su retirada se convirtió en derrota y abandonaron el campo de batalla envainando sus puñales.

Después de haberlos perseguido corto trecho, Tonayrion volvió en busca de la señora Caussade, quien durante el combate había permanecido inmóvil, sin voz y casi sin alientos.

—No tema usted nada, señora—le dijo Raul, secándose la frente con nobilísimo ademán;—esos miserables no volverán: soy yo quien se lo jura. Si usted no hubiera estado presente, los hubiera castigado con mano aun más dura. Pero esta escena ha atemorizado á usted; está usted pálida y trémula. Permita usted que la acompañe á casa.

Estela aceptó maquinalmente el brazo de Raul, quien siguió hablando con acento exaltado:

—¡Ah! ¡Este es el día más feliz de mi vida! ¡Hacia tanto tiempo que deseaba afrontar un peligro que le demostrara mi amor! No es que yo dispense á esos bandidos el honor de considerarlos como un grave peligro. ¿Por qué no eran más que tres? ¿Por qué estaban armados no más que de garrotos y puñales? ¿Por qué no me han herido, muerto mejor, ante los ojos de usted? ¡Quizás en este último caso lamentaría usted haberme tratado el otro día tan cruelmente!

El valor de Tonayrion acababa de revelarse

de modo tan manifiesto, que la señora Caussade se vió obligada á reconocer que había sido injusta con él. Ofendida, además, por la inexplicable conducta de Servian, creyó que la manera mejor de castigarle era congraciarse con su rival. Bajo la influencia de secreto enojo, estableció entre sus dos enamorados un paralelo que, como es natural, redundó en perjuicio del ausente.

Comparada la derrota de tres bandidos armados hasta los dientes con la estrangulación de un lobo, ¡cuán vulgar y mezquina resultaba, en efecto, esta última proeza! Servian faltaba á la cita; Tonayrion volvió á ser para ella el héroe de antaño.

—¡Me ha salvado usted la vida!—dijo ella, apoyándose en su brazo con un abandono en que el afecto entraba por menos que el despecho.

—Señora—contestó Raul con la más patética de las entonaciones,—¡después de esa frase, mi vida es la que ha de perderse si no me permite usted que se la consagre!

—Daría cuanto hay en el mundo—se dijo Estela—porque Servian nos viera en este momento.

Y, hecha esta caritativa reflexión, acentuó su coquetería hasta el punto de poder hacer deses-

perar á su otro enamorado, en caso de encontrarsele.

Él, es decir, Servian, se encontraba mucho más cerca de lo que la señora Caussade se figuraba. Llegaba á la glorieta en el crítico momento en que terminaba el combate. Al ver volver á Tonayrion cerca de Estela, para quien ya no existía peligro alguno, se puso en persecución de los malhechores y, como éstos huían en distintas direcciones, se dedicó á dar caza al que más cerca tenía. No corría mal el bandido; pero corría más Servian. A punto ya de ser alcanzado, volvióse el primero de repente y, enarbolando el garrote, exclamó con voz fatigada:

—¡Un paso más y te revientó!

En lugar de hacer caso de la amenaza, Servian cargó sobre el bandido y le asestó en plena cara tan vigoroso puñetazo que le envió rodando seis pasos más allá. Sin darle tiempo para levantarse, le arrancó su garrote, se apoderó de un puñal que asomaba por un bolsillo de la blusa y, para tenerle sujeto, le asió de las barbas. ¡Espectáculo imprevisto! Aquella barba rojiza y poblada se le quedó entre las manos y dejó al descubierto un rostro que hubiera sido imberbe, á no ostentar

un leve bigotillo enrojecido por la sangre que derramaba el ladrón por nariz y boca.

—¡Pardiez!—dijo éste, saliendo de su atontamiento;—bien hubiera usted podido pegar menos fuerte. ¿Me ha confundido usted con un toro?

—Levántate—repuso Servian, guardando en su bolsillo como prendas de convicción el puñal y la barba postiza.

El hombre de la blusa obedeció.

—Ahora, andando delante de mí—continuó Servian.—Y, sobre todo, no trates de escaparte; al primer paso que des á derecha ó á izquierda te rompo la cabeza con tu garrote.

—¡Vamos! ¡Expliquémonos!—dijo el ladrón, sacando del bolsillo un pañuelo con el que enjugó la sangre que le corría por la barbilla.—¿Hace usted el favor de decirme por quién me ha tomado?

—Por un bandido, de quien el Juzgado dará buena cuenta.

—¡El Juzgado! ¡Nada menos que el Juzgado! ¡Gracias!

—Bueno: te explicarás ante él. Entretanto, anda.

—Caballero, está usted incurriendo en el más

deplorable de los errores. Tenga la bondad de mirarme y dígame si tengo la facha de un ladrón. No se fije usted en el traje, que, lo reconozco, no se acomoda al último figurín. Solamente los tontos juzgan á un hombre por la ropa que viste; y usted, á juzgar por el vigor de sus puños, tiene mucho talento. Exámíname usted sin parcialidad: ¿Tengo cara de ladrón?; ¿es de ladrón mi apostura?; ¿cree usted que un ladrón se corta las uñas de esta manera?

Y, al hablar así, el joven puso ante los ojos de su interlocutor dos manos cuya pulcritud daba fe de cuidados de tocador que, por lo común, desdennan los salteadores de caminos. Lejos de aplanar á Servian esta especie de justificación, encendió su enojo.

—Si usted no es un ladrón, resulta que se trataba de un rapto—repuso, frunciendo el ceño;—no creo que semejante disculpa mejore su situación ante la justicia.

—¡El rapto, ni robo, se lo juro, sino una de esas bromas que entre hombres...

—Basta. Yo no soy su juez, sino su guardián. ¡Ladrón ó no, ande usted!

Al decir esto, le asió por el cuello y le empujó

hacia adelante. El hombre de la blusa trató de resistirse; pero una vigorosa sacudida, que por segunda vez le derribó cuan largo era, le dió á entender que bajo la mano de su rudo adversario venía á estar como el pajarillo bajo la garra del milano.

—¡No me asesine usted!—exclamó, al ver el bastón enarbolado sobre él.—Puesto que resulta claro que es usted el que más puede, me someto; pero le doy mi palabra de hombre honrado de que pagará usted caro este atropello. Si alguna vez le encuentro en la calle, le prometo un par de bofetadas de primera calidad.

En lugar de contestar á esta amenaza, Servian ayudó al equívoco ladrón á levantarse y, sujetándole con mano firme, le obligó á emprender muy en contra de su voluntad el camino de la casa.

En otras circunstancias, el extraño atentado de que la señora Caussade acababa de ser objeto hubiera cautivado su romántica imaginación. Pasado el peligro, lo hubiera recordado mucho tiempo con emoción y quizás con gusto; pero en aquel momento la impresión que sufrió en poder de sus incógnitos raptos se desvaneció desde que cesó la causa. A las angustias del te-

rror siguieron inmediatamente las perplejidades de la duda más molesta.

—Ustedes los hombres son seres verdaderamente extraordinarios—dijo de improviso á Tonayrion, quien, en pie ante la butaca en que ella tomó asiento al entrar en el salón, se aprovechaba de las ventajas que le habían adquirido sus recientes proezas para intentar un ataque decisivo contra el corazón de la joven y opulenta viuda.

—¿Qué hay de extraordinario en que se muera de amor por usted?—contestó el guapo Raul, decidido á no dejar cortar por cualquier digresión el hilo de su apasionada arenga.

—No me comprende usted—continuó Estela con impaciencia;—quiero decir que me parece que los hombres tienen poca consecuencia en su carácter. Se habla del humor voluble de las mujeres; pero, ¿qué es nuestra volubilidad comparada con la inconsecuencia de los hombres? Valientes hoy, al día siguiente cobardes; ¿qué ha de creerse de ellos en definitiva?

—¿Debo darme por aludido en esa observación?—dijo Raul, con risa un tanto forzada.

—La mitad de ella va con usted.

—¿Por qué la mitad?

—Porque es usted el segundo en quien observo esas contradicciones.

—El segundo...; ¿luego hay un primero? ¿Puedo conocerle?

—Es inútil—respondió la señora Caussade, inclinando la cabeza con expresión meditabunda.

Tonayrion se mordió el bigote con cierto despecho, advirtiendo al mismo tiempo que la ocasión era inadecuada para experimentar ó manifestar celos y continuó su peroración sentimental desde el punto en que su interlocutora la había cortado.

—Sí, señora, la amo—dijo, sacando de su pecho los acentos más patéticos;—la pasión que usted me ha inspirado ha adquirido un grado tal de ardor y de intensidad, que no me permite continuar viviendo en la incertidumbre; es que sufro demasiado, devorado como lo estoy por las llamas de tan amado tormento. ¡Oh, sí!; sufro demasiado—continuó el guapo Raul, con la mirada elevada al techo y la diestra oprimiendo su corazón.—¡Por favor!; ¡tenga usted piedad de su víctima! ¡Decida usted mi suerte con una sola palabra! Señora... Estela... una palabra, se lo supli-

co..., se lo pido de rodillas... Si aún tiene usted la crueldad de callar, á lo menos vuelva usted hacia mí sus hermosos ojos; que una mirada suya me revele lo que su boca se niega á decirme... ¡Estelal... ¡Una mirada tan sólo! ¡Oh!

—Levántese usted—repuso tranquilamente la señora Caussade;—¿no oye usted que viene alguien?

Antes de que Tonayrion hubiese obedecido, se abrió la puerta del salón y apareció Servian. Deteniéndose un momento en el dintel, examinó con mirada penetrante el continente de la joven y el de su rival. La calma de la una contrastaba de tal suerte con el acaloramiento del otro, que se sintió tan pronto tranquilizado como conmovido.

—Señora—dijo aproximándose,—al ver su tranquilidad nadie sospecharía que acaba usted de salvarse de una infame emboscada.

—Gracias al señor—repuso Estela, designando á Raul con una mirada que se fijó en seguida en Servian con expresión de fría indiferencia.

—Uno de esos miserables ha sido detenido—continuó este último.

—¡Detenido!—exclamó Tonayrion.

—¿Por quién?—preguntó la joven.

—Por mí.

—¿Luego estaba usted allí?—exclamó la señora Caussade, cuyo rostro se dulcificó súbitamente.

—Sí, señora—dijo Servian, acompañando la afirmación con una mirada que acabó de conseguir su perdón total.

—¿Y en vez de acudir en socorro mío—continuó Estela jovialmente,—se entretenía usted en perseguir á los ladrones?

—Se escapaban; luego ya no corría usted peligro alguno.

—¿Y ha traído usted aquí á su prisionero?

—Sí, señora; y venía á cerciorarme de si estaba usted lo suficientemente repuesta del susto que ha debido sufrir para que pueda ser conducido á su presencia sin inconveniente.

—¿Y á qué viene ese careo?—dijo Raul con expresión singular.

—Ese hombre pide con insistencia ser conducido ante la señora. Asegura que ella le concederá su perdón.

—¡Qué tontería!—repuso Tonayrion;—es imposible consentir que ese miserable se aviste con la señora. ¡Voy á hablarle!

—¿Por qué es imposible esa entrevista?—dijo Estela, cuya curiosidad é interés se habían súbitamente despertado ante la idea de ver comparecer ante ella uno de los ladrones que tanto terror le habían causado.—Mi padre ha salido y, por consiguiente, soy quien manda ahora en la casa. Además, no veo por qué he de negarme el gusto de hacer un acto de autoridad admitiendo la comparecencia de ese hombre ante mi tribunal. ¡Que venga!

—Pero, señora—objetó Tonayrion,—¿no teme usted que la vista de ese granuja le produzca una emoción demasiado viva...?

—¿Qué puedo temer, estando aquí usted y el señor Servian?—replicó la joven viuda.—Nada, está decidido; háganle venir. Siempre deseé ver cara á cara á un ladrón; y en el bosque sentí demasiado miedo para contemplarle detenidamente.

Sin miramiento á la oposición manifestada por su rival, Servian salió del salón, al que regresó poco después seguido del hombre de la blusa, á quien custodiaban de cerca dos criados.